

La observación de esta escena me permite deducir, que como el ganso es una presa muy grande para que un carancho lo ataque y domine con su pico y garras, pues aquél puede defenderse a aletazos — así luchan ellos — adopta la táctica de la persecución, lo que le permite matarlo de un golpe contra el suelo o dejarlo aturdido para poder ultimarlos.

También persigue y da caza a gallaretas (*Fulica*) cuando puede sorprenderlas fuera del agua.

Ataca despiadadamente cuando encuentra en vuelo a la garza mora (*Ardea cocoi*) pero una vez en el suelo no se atreve a enfrentar su filoso pico. Este ardeído le tiene un terror pánico y recuerdo que un día observaba el pausado aleteo de una pareja en viaje, cuando acertó a pasar un carancho sin ningún propósito ofensivo hacia ellos; verlo y volver hacia atrás en precipitada fuga, fué todo uno.

Recorriendo un cañadón, hice volar del nido una hembra de chajá (*Chau-na chavarria*) y al alejarme un poco pasó un carancho que viendo el nido abandonado tomó posesión de él para comerle los huevos; pero el chajá, al verlo, voló hacia él y el intruso abandonó el nido sin resistencia alguna, pues parecía conocer el rigor de los acerados espolones de la dueña.

Tiene esta rapaz una potente vista y desde un lugar elevado observa los movimientos de los chimangos (*Milvago*) y si éstos encuentran un ave herida o alguna buena presa enseguida toma posesión de ella.

A un halcón azul (*Falco fusco caerulescens*) ví abandonar su presa (un papiollo) ante un ataque de una pareja de caranchos.

En fin, se trata de un ave muy sagaz y el que lo dude que procure cazarlo y estoy seguro que si no lo toma de sorpresa no logra ponérsele a tiro. Es que le siente el olor a la pólvora — dice la gente — aunque en verdad, lo que sucede es que le conoce la intención al cazador.

JUAN B. DAGUERRE.

OBSERVACIONES SOBRE ALGUNAS AVES DE BUENOS AIRES

El tero (*Belonopterus chilensis lampronotus*). — Aunque muy común, pocos son los que conocen las costumbres de esta ave, la manera de anidar y lo perspicaz que es en la época de la postura, que comienza en el mes de junio y termina más o menos en febrero. Hace el nido con algunos palitos, generalmente en las orillas de ríos o terrenos de bañado, y aprovechan también la resaca traída por alguna creciente, por lo cual, en los años lluviosos, pierden las primeras posturas. Ponen generalmente cuatro y hasta cinco huevos, de color gris oliváceo el fondo y manchados de negro. Por su color se confunden con el suelo. Para encontrar el nido hay que observar a los teros de lejos y ver de dónde vuela la hembra; porque ella, al notar que alguien

se acerca, se aleja y simula tener su nido más allá: corre, se agacha, aparenta comer y hasta se echa; pero si tiene pichones, cuando uno llega cerca del sitio la pareja se acerca y revolotea gritando como si fuera a acometer. Entonces se ponen muy bravos y persiguen igualmente a perros, liebres o aves de rapiña que pasan cerca. Los pichones se ocultan de tal manera, que es difícil dar con ellos y prefieren dejarse pisar antes que levantarse. Si los padres ven que uno se aleja, se acercan a ellos y les dan un grito como diciéndoles que aún hay peligro; a medida que uno se aleja, ellos se van acercando al sitio donde están sus pichones, hasta que les dan otro grito que es como un llamado para que salgan. Pero si ven que uno regresa, dan nuevamente el aviso para que se vuelvan a ocultar. Así que, para encontrar los pichones, hay que observarlos desde lejos, pues aún cuando sean voladores prefieren ocultarse. Cuando ya empiezan a volar, si uno se aproxima se ponen con el pecho al viento y así remontan el vuelo; si no les da tiempo para esto, siguen corriendo y hasta llegan a esconderse. Como se sabe, son aves muy guardianas y destructoras de langosta tucura.

La perdiz chica (*Nothura maculosa*). — Hasta fines de marzo dura la postura de esta ave y por lo tanto, para la fecha de apertura de la caza, hay aún pichones muy pequeños. Pone de siete a once huevos; comienzan a poner en septiembre, pero como en este mes hay todavía mucho rocío y fríos intensos, pierden con frecuencia los primeros pichones y las aves de rapiña, por otra parte, se encargan de hacer desaparecer otros. Poseemos una fotografía sacada el día que encontramos un nido con cinco huevos, picados ya, para hacer eclosión; al otro día fuimos y nos encontramos con los pichones comidos, y de ello culpamos a un chimango que desde la copa de un árbol observaba el vuelo de la perdiz. Al atardecer, mientras van buscando abrigo para pasar la noche, se les oye silbar de un lado a otro, como llamando al compañero.

El pato argentino (*Querquedula versicolor*). — En la costa del río Luján, en Zelaya, anidó un casal de estas aves. Sacaron seis patitos que crecieron hasta alcanzar el tamaño de los padres, pero como las plumas del ala tardan en crecer, siempre andaban por el mismo sitio. La madre no les abandonaba, ella siempre adelante y ellos como seis barquitos detrás. Quisimos fotografiarlos desde cinco metros de distancia, pero ella, por temor de que se les hiciera daño a sus hijos, los llevó junto a la costa, en grupo, escudándolos con su cuerpo.

La paloma (*Zenaida auriculata*). — Mucho me llamó la atención lo mansa que esta paloma es en « Las Marianas » F. C. C. G., partido de Navarro. En el establecimiento de un amigo, sea en el jardín o en el monte, anidan en cantidad. Cuando les dan el alimento a las aves, ellas bajan a comer jun-

tas: anidan en el corredor lo mismo que en los árboles; en un cedro muy coposo a cuya sombra nos sentábamos, había siete nidos muy bajos y ellas se quedaban muy tranquilas echadas, sin inmutarse por nuestra presencia. En Monte Grande (F. C. S.) lo mismo que en otros lugares, también encontré muchas, pero muy ariscas.

La calandria (*Mimus modulator*). — Abundan en Zelaya estas aves; como nadie las persigue, hasta en los cardos de castilla construyen el nido. Son muy mansas y cantoras, imitan el canto de cualquier otro pájaro y silban tan perfectamente que hasta pueden confundirse con alguna persona. Son fáciles de criar de chicas, pero si se les toma grandes difícilmente viven en cautiverio.

Nidificación de la tijereta. — En la manija de una tranquera, por la cual se transitaba continuamente, una tijereta construyó un nido y puso un huevo, pero tuvo que abandonarlo; otra lo hizo en un hierro que había sido colgado para peso en una parva de pasto y puso cinco huevos y sacó sus pichones.

Alimentación de la garza (*Tantalus americanus*). — Además de ser muy destructora de langosta, se alimenta de sapitos cuando éstos se hallan en cantidad.

CELIA B. DE PEREYRA.

EL VUELO DE LOS CONDORES (*VULTUR GRYPHUS* Lin.)

En varias oportunidades he tenido la felicidad de observar el vuelo magistoso, con planeos indefinidos, de estas aves gigantes. Las tres primeras que enumero a continuación, fueron en la provincia de Córdoba. Una, allá por el invierno de 1916, en el Cordón Oriental de las sierras de esa provincia, frente a la Cuchilla de los Crespos, al Este del valle de los Reartes. Otra, en el verano de 1921, en el Cordón Central de las sierras, en el borde de la Pampa de Achala, al salir por la Cuesta de Argel. La tercera, en febrero de 1926, en la quebrada llamada la Caída de los Cóndores, situada al Sur, sobre el Cordón Occidental. Y recientemente los he observado en enero del corriente año (1928), en la provincia de La Rioja, en el lugar denominado Portezuelo del Remanso, ubicado sobre el cordón del Famatina.

Lo que pude mirar en todas las oportunidades, a continuación lo expongo algo sintetizado.